

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

HACIA 1976 (V)

VIDA ASCENDENTE

ES muy posible que el siglo próximo haya en los libros de historia algún capítulo que comience con estas palabras: «Hacia 1960 o 1965 los europeos y americanos empezaron a no exigirse a sí mismos». Lo más grave de todo lo que está pasando es el descenso casi universal de la calidad. En la ingente bibliografía de todo el mundo, los libros realmente inteligentes son muy pocos; periódicos y revistas imprimen toneladas de papel en que apenas se encuentra de vez en cuando una idea aguda o responsable; los políticos, con excepciones mínimas, muestran increíble falta de imaginación.

Hay algo quizá más grave todavía: apenas se distingue. En una época de mediocridad, parecería probable que lo egregio descolgase aún más y fuera reconocido y aclamado; pasa justamente lo contrario: se desdibuja y pierde en el gris generalizado. La cosa es tan evidente, que se la puede comprobar con los mismos autores: se acoge con el mismo elogio —o con la misma indiferencia— la obra espléndida y la obra frustrada, el acierto o la caída «del mismo autor», lo cual introduce la confusión en el público y en el autor mismo.

Si acaso, la calidad exaspera. Escribir bien, escribir claro, parece una impertinencia, casi una falta de educación. Y esto se podría trasladar, con las modificaciones oportunas, a otros campos. Si esto dura unos cuantos años más, se producirá un deterioro tal de las sociedades actuales que entraremos en una fase de decadencia —ha habido tantas en la historia— de la que se saldrá cuando Dios quiera, tal vez dentro de medio siglo o de un siglo entero.

Este peligro es muy cierto, y desde hace tiempo vivo con la clara conciencia de su amenaza; pero no lo considero muy probable. El notorio descenso de la vida —y sobre todo de la vida occidental— no se debe principalmente a agotamiento de las ideas o de la capacidad creadora. Es más bien «inducido», provocado. La atención pública se dirige principalmente a lo inferior en todos los órdenes: se la desvía de casi todo lo que tiene verdadera calidad y, por supuesto, del repertorio maravilloso del «pasado reciente», que no es el pretérito, sino nuestra herencia. Se está enajenando el increíble volumen de ideas, formas literarias y artísticas, alumbradas en Europa y América a lo largo de este siglo. Se está produciendo así la descapitalización y, por consiguiente, el primitivismo y la pobreza.

Este carácter «voluntario», planeado, del descenso de la vida me tranquiliza un poco. Nuestra vida es baja porque se la está bajando, porque se ejerce presión sobre ella, no propiamente porque ella misma baje. Mientras no cedan sus resortes, mientras no pierda su elasticidad, la cosa no es últimamente grave; reaccionará, vencerá esa presión hacia lo inferior. Es como si le estuvieran haciendo esa broma pesada que se llama una «ahogadilla»: la cabeza vuelve pronto a emerger con jovial impulso hacia lo alto. (Con una condición, claro: que la presión que la ha mantenido bajo el agua no dure demasiados segundos.)

Ya empiezo a percibir síntomas de fatiga; ya se empieza a pedir otra cosa; ya se va reconociendo, de cuando en cuando, la diferencia entre lo que vale y lo que vale muy poco. Se habla ya desde hace unos años de «calidad de la vida». No se sabe muy bien qué quiere decir esto, pero el anhelo es inconfundible. Como decía Antonio Machado, «confusa la historia y clara la pena». Es confuso el concepto, pero bien claro el afán. Durante unos años, la gente ha preferido no entender, se ha complacido en los largos párrafos abstractos, llenos de circunloquios y eufemismos y gárgaras tecnocráticas, al final de los cuales no había nada que se pudiera retener. Pero ya empieza a cansarse y agradece escuchar o leer algo inteligible, controlable y referido a la realidad. Esas jergas más o menos técnicas son «valor entendido», resultado de una estipulación previa, y pasan de moda en seguida; al cabo de muy pocos años ya no se «juega» a ellas, se han olvidado las reglas, no despiertan el menor eco. Y entonces, ¿qué queda? Queda la lengua, con su sistema de interpretaciones disponibles, válidas para todos; y también queda el pensamiento, el esfuerzo por aprehender la realidad y dominarla, dar cuenta de ella y así poder proyectar la vida.

Si hubiese unos cuantos grupos esparcidos por Europa y América dispuestos a exigirse a sí mismos, a conseguir la más alta calidad posible, a hacer las cosas bien —se entiende, tan bien como se puede—, su triunfo en espacio brevísimo sería

inevitable. Significarían una llamada hacia lo alto, hacia la vida ascendente —la única que en definitiva atrae y entusiasma a los pueblos occidentales.

Recuérdese desde cuándo no se lee nada que considere a la realidad como valiosa. No se había de la belleza de la naturaleza, ni de los organismos, ni del hombre. Con pretexto de algunas cosas andan mal —lo cual es tan cierto que apenas hace falta decirlo, porque siempre ha ocurrido así y en mucho mayor escala—, se descalifica la realidad entera. No hay más que plañideras por todas partes. Conviene no olvidar que hace algo más de treinta años fue entronizada la náusea como el temple «existencial» más profundo, el que corresponde al encuentro con la realidad. Ahora estamos recogiendo la cosecha, diríamos el fruto de aquella raíz que descubrió Antoine Roquentin en la primera novela de Sartre.

¿Es esto sostenible? La situación del hombre medio actual recuerda extrañamente a la de los prisioneros del mito platónico de la caverna, en el libro VII de la «República». A fuerza de no ver más que las sombras proyectadas sobre el fondo de la caverna, va creyendo que eso es la realidad, y está ciertamente dispuesto a matar al que salga, llegue el mundo exterior, vea las cosas reales y el sol que lo ilumina todo, y vuelva a contarlo y libertar a los cautivos.

Pero ni siquiera esto importa demasiado. Aunque los prisioneros maten a su libertador, otra les queda dentro. Saben que tenía razón, que lo que están viendo no son más que interesantes fantasmagorías, que hay un mundo real, verdadero, tangible y de bulto, y que está a su alcance. Se dan cuenta, sobre todo, de que lo que caracteriza a lo real, frente a lo fantasmagórico, es su coherencia, su consistencia. Por eso suelo decir que una filosofía verdadera tiene que ser «transitable», algo que permite el movimiento en todas direcciones, el enfrentamiento libre con cuestiones nuevas. Los embelecados, en cambio, sólo funcionan dentro de las reglas del juego, sin confrontarlos con la realidad.

Mucho me engañaré si desde 1976 los hombres de nuestro mundo no empiezan a distinguir las voces de los ecos; si no sienten la llamada imperiosa hacia la vida ascendente.

Julión MARIAS

EL PINCEL Y LA MORAL

LECCION DE ANATOMIA

EN estas latitudes —en éstas, al menos— todavía es posible la anécdota, y en términos de gloriosa obstinación. Hace un par de años, o quizá no tanto, por ejemplo, el hazmerreír estuvo a cargo de las «fuerzas vivas» de Santander, si no me equivoco, a propósito de unas figuras alegóricas que iban a colocarse en la fachada de algún edificio público: se trataba, desde luego, de augustas matronas o de atléticos varones que representaban la Laboriosidad, la Industria, el Comercio o cualquier otra cosa, y que el escultor vistió con poquísima ropa. Ahora, la amenidad ha sido protagonista por el guardia municipal de Cáceres que mandó retirar de un escaparate una lámina que reproducía la «Maja desnuda» de don Francisco de Goya y Lucientes. Sin duda, el «flic» extremeño obró de buena fe: al fin y al cabo, en las oposiciones que en su día ganó para ocupar la plaza que ocupa, no tuvo que demostrar grandes conocimientos en historia del arte. Pero el hecho ya provocó una carcajada unánime. Cuando aún no se habían apagado sus ecos, el choteo vino atizado por el señor alcalde de la ciudad —y, según dicen, para mayor Inri, delegado provincial de Bellas Artes—, cuando se solidarizó en pleno consistorio con la actitud represiva de su subalterno. Y lo curioso del asunto es que nunca se supo más de lo ocurrido: de lo que haya ocurrido «después».

A la vista de la rechifla general, lo lógico habría sido que la prensa difundiese la noticia inmediata de la dimisión del alcalde aludido, y la vacante no menos rápida de la Delegación Provincial de Bellas Artes de Cáceres. Y no. El titular de ambas dignidades se ha quedado tan campante, y, probablemente, en su fuero interno, debe de haberse dicho: «¡Ahí me las den todas!» Claramente, el sentido del ridículo es una cosa —digamos «cosa»— bastante personal: subjetiva. Se supone, por tanto, que unas personas son más sensibles, y otras menos, e incluso algunas totalmente insensibles.

a esa especie de angustia «moral» e «intelectual» que significa el «ridículo». Dias atrás, en la mismísima Barcelona —«perla del Mediterráneo», unos cuantos ediles cometieron un pecado similar, aunque a otro nivel, acerca de dar o no dar unos cuantos duros para la enseñanza del catalán en el área de su autoridad. No pretendo establecer equivalencias en la motivación —sería falsear los dos problemas—, pero si presentan en común el rasgo de la «ridicuidad»: aquello de «meter la pata», y dicho sea con todos los respetos, si en tales casos los respetos son necesarios. En lo de Barcelona, al parecer, hubo alguien que habló de una «escuela de concejales». No sé con qué intención ni con qué alcance se profirió la idea. Pero...

No estaría nada mal, eso: que hubiese «escuelas» para «concejales», y quien dice concejales, dice alcaldes, y obispos, y canónigos, y... Pienso en verdaderas «escuelas»: para que alguien enseñe a los individuos que han de detentar un mínimo de «poder», civil, eclesiástico o lo que sea, el valor de un retablo gótico, de un lienzo de Goya, de un caserón memorable, de un archivo, de... De un idioma, sin ir más lejos. Lo menos que la ciudadanía puede exigir a quienes, por un procedimiento u otro, han de «mandar» sobre ella, es que no «ignoren» lo que anda en juego en cada momento. El «municipal» de Cáceres no estaba obligado a más, en efecto. ¿Qué sabía él, pobre, ¡pobrecito!, sobre Goya? Y no voy a prolongar el argumento «contra» los concejales que votaron «no» a unos céntimos para la supervivencia didáctica del catalán en Barcelona, o en Gerona o donde fuere. Sería una crueldad, de mi parte. En todo caso, y volviendo al principio, lo de la «Maja» de Goya se presta a menos ambigüedades «políticas». Las multitudes que diariamente pasan ante el cuadro, en el Prado, nunca me han dado la impresión de tener los ojos llenos de las-

via: he podido observarlo muchas veces. Ni siquiera los adolescentes más sexualmente espiritados: los chicos, se entiende. La presunta doña Cayetana, a través del pincel de don Francisco, ¿es «pornografía»?

Planteadas la pregunta, tendríamos tela cortada para rato. ¿Qué no es «pornográfico», en última instancia? Me refiero a lo que por «pornográfico» puedan entender los guardias municipales y los alcaldes de Cáceres. ¿Sólo la anatomía? ¿Sólo la anatomía «descubierta»? La configuración del cuerpo humano «tal cual», no es un secreto para nadie —la especie se perpetúa gracias a estas pueriles evidencias—, y lo que diga, o dijo, el doctor Freud ni siquiera entra en consideración. Basta volver los ojos al paleolítico superviviente —conservado—, o al jolgorio del Renacimiento, que cae más cerca, para «ver» que no hay razón de rasgarse las vestiduras. (Y, ¡alto!: una vestidura rasgada siempre se presta a mostrar las vergüenzas del puritano...) Uno pasea por Roma, por Florencia, y hasta por Madrid y Barcelona, y el cuerpo humano «in puris naturalibus» se plantea a la vuelta de la esquina. Más en Florencia y en Roma que en Madrid o Barcelona, por descontento. Cantidades ingentes de nalgas, de senos, de muslos, de pubis, de bellísimas espaldas, llenan los museos y las iglesias, adornan los paseos y las plazas, se apifian como pedestal para los bustos de cualquier patricio. Los niños indígenas se han acostumbrado a ver lo que ya «veían» de un modo u otro. Y no se producen catástrofes «éticas»: ni más ni menos que en otras épocas (porque «siempre han tingut bec les oques»). El «puritanismo», por lo demás, no pasa de ser una «perversión sexual» como las demás, si es que tenemos que hablar de «perversiones».

Los nenes italianos se escandalizan menos que los homólogos celtibéricos ante un trasero o un delantero, y no será, digo yo, porque haya más obispos en esta península que en la pe-

ínsula de al lado. Hay más mitras, siempre hubo más mitras en Italia que en España. Por consiguiente, el problema no recae exactamente sobre «el ordinario del lugar», como decíamos los estudiantes de Canónico, sino sobre un tipo de «gente» distinto. No sería discreto, en esta página, invocar o evocar chismes antiguos, o recientes, en este punto. Lo que pasa es que... ¿Se me permitirá decirlo de una manera agresiva? Pues eso: Cáceres —o Madrid, o Barcelona— no son Florencia, ni Roma, ni lo han sido ni lo serán. Ni París: ese París decrepito, que todavía puede aducir un cancan a la Toulouse-Lautrec o una picardía de Chevalier... Y que nadie se llame a engaño. Lo de Cáceres —¿o era Badajoz?— es una vicisitud menor y provinciana. Queda por ver lo que ocurriría si Calder no fuera un «abstracto» —con «móviles» o «inmóviles», y sus esculturas fuesen como las de Miró, por ejemplo, tiernamente impúdicas... La «Maja», vestida o desvestida, es una referencia cultural. Y algo más que eso. Luego viene el «Play-boy» y el «Lui», y lo que convenga. Las últimas «permisividadades» —digamos, en familia, «permisos», a escala administrativa, insinúan la posibilidad de mucha carne «descubierta», en las pantallas cispirenaicas. Eso dicen. Los tenderetes de la cinematografía erótica de Perpignan, de todos modos, no corren muchos riesgos. Mientras prohíban la «Maja» de Goya —guardias municipales, alcaldes—, uno tendrá la sensación de vivir en un limbo metódico y afflictivo. Uno tendría esa sensación... Pero no hay de qué. Los manuales de «sexo-ficción» —empezando por los de mi distinguido paisano el doctor López-Ibor, de Sollana— más bien ayudan a confundir a las parejas. Goya, Goya, Goya... ¡Qué pincel! ¡Y qué «moral»!

Joan FUSTER

falstaff

ferrer sentis

el 15 de marzo abrimos la boutique
de **NEW YORK** en
229 East 60 St. N.Y. 10018

CLUB DE TENIS

Hágase socio por 600 ptas. al mes, sin ninguna entrada ni pago adicional por uso de las instalaciones.
(Últimas plazas)
Tel. 218-00-69 o Autovía de Castelldefels Km. 8



INOXALLA, S. A.

Compramos toda clase de chatarras de acero inoxidable, rápidos y aleaciones especiales

Razón: Calle Pamplona, 127 - Teléfono 309-66-58

ALMADRABA PARK HOTEL

Playa Aladraba
ROSAS. Telf. 25-65-50
APERTURA: 26 MARZO

oir
bien...

Audiolens
Av. de la Luz 18-20 - Tel. 317 46 97

CENTELLAS
RESIDENCIA SANTA COLOMA
(Dos Estrellas)

RECIENTE INAUGURADA

Reserve sus habitaciones para las Fiestas de
SEMANA SANTA

Calle Descatllar, 11 - Teléfono 886-92-22 extensión 22